GT 41: Excluidos y olvidados en las Historias oficiales del Mundo Antiguo. Miradas integradoras hacia una nueva construcción de la Historia de la Humanidad

En torno a un caso de marginación académica: la sofística y la historiografía dominante en Filosofía

Richard Armando Montiel

Instituto de Profesores Artigas

richardmontiel@gmail.com

Gramsci

Son por todos conocidas las líneas centrales del pensamiento de Antonio Gramsci respecto el papel doble que juegan en la vida social los intelectuales. Su pensamiento se resume así:

> Los intelectuales pueden reafirmar el bloque hegemónico de poder o bien pueden elaborar la propia concepción del mundo de manera consciente y crítica y, por lo mismo, en vinculación con semejante trabajo intelectual, escoger la esfera de actividad, participar activamente en la elaboración de la historia del mundo, ser el guía de sí mismo y no aceptar pasiva y supinamente la huella que se imprime sobre la propia personalidad[1].

Esto es, desde su mismo trabajo puede el intelectual emprender una transformación de la sociedad en la que vive. Desde el momento en que «todo es político» el intelectual no puede evadirse de su situación doble que las condiciones le imponen, sino que debe, desde allí, optar. Y si bien en principio Gramsci afirma que todo hombre posee una concepción del mundo más o menos afinada ,más o menos consciente, es en los intelectuales, y justamente por la índole de su trabajo, en ellos, donde tiene lugar una visión de conjunto de la vida social, donde se reafirman o modifican las explicaciones en torno a esa vida. El intelectual explicita la teoría implícita en la práctica. De ese modo puede estar en condiciones de restablecer el nexo entre ambas manifestaciones de la existencia humana, aunque también pueden desdibujar el vínculo, sirviendo de este modo a la unificación del bloque hegemónico, dominante. Ellos, en este caso ,actúan como los llamados «persuasores».

En esta comunicación se pretende exhibir, en lo que atañe a la Historia de la Filosofía el modo de operar de un célebre persuasor, Frederick Copleston, en lo que atañe a su tratamiento infamante de

1 Gramsci, A. El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, p. 12.

la sofística griega, que nos enseña los extremos a los que llega el modo acrítico de concebir ciertos problemas.

Historiografía dominante en Filosofía

La historiografía, también en Filosofía, funciona como discurso hegemónico, entonces. Y no lo hace a expensas de su capacidad de recopilar datos, de explicar períodos y conductas, de proporcionar exégesis de textos, sino justamente en virtud de esas capacidades, con las que libera al conocimiento público fuentes de información que por su versación y rigor formales, por su prestigio y reconocimiento académico, el discurso dominante traduce como nociones inconmovibles, como prejuicios que actúan en conformidad con la función de unificación ideológica ya mencionada. Si recordamos que el mismo término «hegemonía» en un comienzo pertenecía al contexto militar, en la acepción de conductor, o guía, nos referiremos en adelante como «historiografía dominante» para asimilar aquella función a toda literatura crítica que adopta la misma misión, hegemónica, pero aquí sublimada en grado de máxima generalidad. Se llamará entonces «historiografía dominante» (adjetivo aplicado aquí al caso de la historia de la filosofía) a la elaboración historiográfica que no tiene en cuenta las circunstancias concretas de las que emergen las producciones teóricas, y descuida la interacción entre referencia textual —ya desde el interior de la teoría— y realidad contextual en que toda teoría se desenvuelve.

Generalmente es perceptible la pretensión de objetividad de esta historiografía dominante por la presencia en su discurso de las características de acumulación y linealidad. Con la idea de acumulación, el pensamiento asume que se progresa, a partir de los errores y limitaciones de los anteriores filósofos, hasta el hallazgo de nudos centrales del curso de los acontecimientos. El pensador que lo consigue alcanza tras sus esfuerzos, el corazón redondeado de la Verdad inmutable y se constituye en clásico, en mojón ineludible del proceso. Con la idea de linealidad, se traduce el éxito alcanzado en términos de logro civilizatorio, irrecusable, que la crítica disolvente que se verifica en sus márgenes no hace más que confirmar (Diógenes el cínico no abandona la Ciudad, es testigo de su brillo).El crítico se disimula en sus análisis y en términos de intencionalidad, lo imparcial de su actitud expresa su posición en el interior de la Academia: él desaparece como agente unificador, se disuelve en su práctica, al tiempo que invisibiliza su operación de canonización de ciertos textos y exclusión de otros. Aún mantiene, sí, su renombre, en virtud del cual ya no sorprenden ingenuidades grotescas que lucen junto a análisis pormenorizados. Constituidos en dominantes, estos intelectuales nos persuaden.

El caso Copleston

El sacerdote jesuita Frederick Copleston (1907-1994) es célebre por dos motivos principales: 1) Su discusión de 1948 sobre la existencia de Dios, en confrontación nada menos que con Bertrand Russell, e insólitamente emitida por la BBC de Londres y 2) por su «Historia de la filosofía», obra monumental escrita entre 1945 y 1974, que desde su publicación figura como obra de consulta

permanente en los programas de Filosofía de nivel universitario y a escala internacional. Es por esas características el referente principal de la presente comunicación. En la obra mencionada nos topamos ,en el volumen correspondiente a la Filosofía Antigua, con las dos afirmaciones siguientes, a las que luego superponemos una glosa:

> El hecho de que Platón ponga la doctrina de «el derecho es la fuerza» en boca de Calicles, discípulo de Gorgias, mientras que otro de sus discípulos, Licofrón, afirmaba que la nobleza es cosa fútil y que todos los hombres son iguales, así como que la ley es un contrato que garantiza mutuamente el derecho, y otro discípulo más pedí la libertad de los esclavos en nombre de la ley natural, nos mueve a aceptar, con Zeller, que Gorgias renunció a la filosofía y rehusó responder a preguntas sobre la verdad y la moral[2].

> Además, poniendo en cuestión lo absoluto de los fundamentos de las instituciones tradicionales, las creencias y las costumbres, la sofística fomentaba cierta actitud relativista, aunque su mal más profundo no consistía tanto en el hecho de que plantease problemas, cuanto en el de que no podía ofrecer ninguna solución de los mismos que conformase al entendimiento. Contra este relativismo reaccionaron Sócrates y Platón, esforzándose por sentar con firmeza las bases del conocimiento verdadero y de los juicios éticos[3].

En el primer texto Copleston nos alerta de las razones por la que los sofistas renunciaron a la Filosofía y nos alecciona sobre su gran pecado original: sostener que la Idea de Justicia es una cuestión de fuerza, de interés del más fuerte, sostener que es un asunto de voluntad de dominio de unos hombres sobre otros. Nos alerta y nos asusta además, porque su rebelión ante la Idea de Justicia impersonal e intemporal los condujo a tal renuncia, y a partir de esa certeza inicial pasaron a las más nefastas consecuencias, nacidas de su desconocimiento de la ecuación Justo=Verdadero. Ellas son, y mi mano tiembla al escribirlas: negar la nobleza de origen de algunos hombres y sostener la idea de la igualdad inicial de todos. En consecuencia llegaron a suponer que los acuerdos sociales tal vez sean revocables, que las instituciones puedan cambiar, y ya como último extremo inaceptable, que la esclavitud y el trabajo forzado no son dados por naturaleza para el necesario sustento material de los hombres superiores, de los Platón, los Cicerón, los Tomás de Aquino, vale decir, de todos aquellos a los que su sangre ,su cuna, su origen los dejó en disposición de poder pensar los grandes temas.

Esa es la clase de Filosofía a la que renunciaron los sofistas, y es absolutamente cierto que lo hicieron. Pero desde la historiografía dominante, Copleston no puede más que entender que renunciaron a *toda* la Filosofía, lo que es falso.

Con el segundo texto suspiramos aliviados, se dio el correctivo necesario, se restableció el orden. La providencia nos envió al binomio Sócrates-Platón. Y si bien poco le importan a Copleston las diferencias entre ambos, sí mucho le agrada lo que los une: el amor por el conocimiento

---

2 Copleston, F. (Historia de la Filosofía .Vol.I, pag 87.)

3 (Idem, pag 88)

desinteresado, que desliga a la moral y a la política del ámbito terreno y las religa al Cielo del pensamiento.

No obstante, una pregunta de Alfredo Llanos es pertinente aquí: si la importancia filosófica de los sofistas era tan escasa —o nula— ¿a qué los esfuerzos del Divino y sus discípulos por refutarlos (y aquí léase perseguirlos) durante 25 siglos? En realidad su importancia para desenmascarar el prejuicio eupátrida era demasiado intensa como para que la Academia pudiera tolerarlo, y aún lo es.

Gorgias y el eleatismo

Hay un efecto mimético de la obra platónica en la historiografía dominante. Biógrafos, doxógrafos y como se ha comprobado, historiadores contemporáneos citan a Protágoras, Gorgias o Hippias en los términos que aparecen en las obras de Platón, como si esas obras fueran la crónica exacta de algún diálogo real acontecido y no la expresión y elaboración de lo que Platón quiso que dijeran los sofistas en cuestión, para mejor poder refutarlos.

Platón se presentó como salvador y restaurador de la alcurnia de los antiguos preceptos, ahora defendidos por la solidez de su estilo y de su formación filosófica. El correr de los siglos(cristianismo mediante)amparado en el prestigio de la Academia conservó la memoria infausta de la sofística, y la repitió en las líneas dominantes de la historiografía dominante contemporánea.

Aplicaremos los presupuestos anteriores a un caso particular de sofística, el de Gorgias leontino. Las principales acusaciones al sofista Gorgias se dejan presentar por las calificaciones escolares de «escepticismo disolvente» o «nihilismo radical». Estas acusaciones, que parten de una Teoría del Conocimiento y se vuelcan en el ámbito de la Ética, se diseñan apelando a la venerablemente intrínseca postura de la Filosofía como crítica de lo establecido, y por esa estrategia hacen aparecer al leontino —y con él, indiscriminadamente a todo el movimiento sofístico— como un defensor de lo que *es* en tanto *parece ser.* Pues, por Platón, se perfila en Gorgias ya a un demagogo, ya a un apólogo de lo existente, a partir del público conocimiento de sus escritos en el mundo ateniense. Las acusaciones platónicas han nutrido de tal modo a la historiografía dominante que parece imposible entender de otro modo al movimiento sofístico.

A esos efectos, repito a continuación dos célebres fragmentos gorgianos y luego su línea de interpretación. Con respecto a la naturaleza, Gorgias dice que nada existe; que si algo existiera, sería incognoscible; que si algo existiera y fuera cognoscible, sería incomunicable a los demás. Por otro lado y con respecto al arte retórico, Gorgias lo define como la capacidad de persuadir a cualquiera por medio de discursos, en el ámbito de la vida pública. Se ha interpretado la primera tesis como escéptica y la segunda como subsidiaria de un oportunismo político. Intentaremos reunirla en una sola interpretación discrepante. Si, como fue dicho, se deben entender los textos en un contexto, Gorgias está aquí en primer lugar promoviendo una discusión con el eleatismo —al que se supone estuvo vinculado—.Como se recordará, en el eleatismo la identidad entre pensar y ser excluye la posibilidad del debate, pues solo hay una verdad revelada por la divinidad, y luego, opiniones sin

valor alguno. El proto-intelectual eleático sienta así las bases del discurso hegemónico, del pensamiento único. Ante el está la respuesta de Gorgias. Lo real en Gorgias es un devenir constante y por ello inaccesible en sí y la palabra humana produce, en situaciones concretas, los presupuestos culturales y aún la predisposición anímica ante lo eventual. Pero lejos de instalarse en un cómodo silencio respecto a la inaccesibilidad del Ser mismo, Gorgias se pronuncia —aún manteniendo aquella tesis tan desafiante para la mentalidad ática— por una determinación de lo bueno y lo verdadero, en la conjunción de la oportunidad y de la habilidad humana aplicada a extraer del momento oportuno su beneficio —el llamado *kairós*—.

Nosotros, dominados por el platonismo, creemos que una defensa del momento oportuno planteada en esos términos conduce al particularismo o al egocentrismo en moral. Pero si se es fiel a las consecuencias de las tesis gorgianas, por lo menos se tendrá en cuenta que de ellas se sigue que toda otra determinación conceptual respecto al bien o a la verdad desde que revelan un componente afectivo en la adhesión del agente, son resultado de alguna acción retórica, o, para decirlo en términos contemporáneos, de alguna específica estrategia de dominio que *también* procura su beneficio. Yendo aún más lejos, no hay motivos para pensar en un Gorgias convencido de que la unidad racional y afectiva del agente, la estructura íntegra de su personalidad no se produce y reasegura por el uso de un discurso retórico constante de las instituciones. La diferencia entre la persuasión del sofista y la del resto de la polis consistió —lo que no es poco— en la franqueza con que aquél presentaba sus tesis, su puesta al descubierto de lo que definitivamente todos ejercían —y ejercen— con o sin un saber de ello, con mayor o menor eficacia.

Asistimos entonces, si el adjetivo cabe, a una noción *trágica* de democracia en Gorgias. Si la realidad es incognoscible en si misma, por su cambio constante —aquél río de Heráclito— y conocemos sólo lo que producimos nosotros mismos por medio de la persuasión discursiva, se pone en escena por la sofística gorgiana la lucha incesante de discursos, y con ella, la ratificación del dictamen heracliteano. En el devenir de los acontecimientos, los hombres tienen su trabajo, su aprendizaje de técnicas, que le permiten la vida consciente. El carácter contradictorio de los acontecimientos no conduce necesariamente al escepticismo o el oportunismo, conducen también a una acción lúcida en medio del devenir social. Acudiremos hacia el final de este análisis a las palabras de Pilar Spangenberg, a modo de síntesis de lo dicho sobre Gorgias. Dice la autora:

> La dimensión descriptiva del lenguaje se pierde sólo para ganar terreno en una dimensión pragmática y práctica. El ser parmenídeo en tanto polo diferente del lenguaje, al que este se refería y se subordinaba ,no puede ser dicho ,pues para Gorgias es una categoría lingüística .Si bien estas características limitan al *lógos* para describir y expresar *tà prágmata*, no por ello pierde toda potestad[4].

4 Spangenberg, Pilar-Gorgias .Sobre el no ser.ed.Winograd.Bs.As.,2011.pág.86

Reseña

Hemos dicho, con Gramsci, que todo es político, y con ello, que la actividad intelectual, también lo es, pero en tales condiciones de antagonismo que en ellas él debe elegir su postura crítica de la hegemonía, o su reafirmación. Luego unimos esa idea a la consideración de los clásicos de la crítica contemporánea en Filosofía y obtuvimos que la influencia platónica, unificadora de todo bloque hegemónico dirige aún la lectura actual dominante del pensamiento y acción de la sofística, por referirnos al tópico que nos compromete hoy, con el ejemplo del Padre Copleston. Observamos también que las acciones estratégicas difamatorias sobre la sofística revelan algo más que un análisis «objetivo», y que ello confirma la doble caracterización gramsciana, a la que hemos proyectado recuperando la polémica anti-eleática del sofista Gorgias.

Finalmente hemos constatado que este imperialismo platónico hoy día se está agrietando, en tanto son más y más los especialistas que se toman en serio el aserto foucaultiano-nietzscheano por el cual la verdad es un campo de batalla, legado que los sofistas han dejado resonando con su potente voz a lo largo de los siglos, y que desde aquí agradecemos con un nuevo gesto de reverencia.

Bibliografía

Copleston,F. *Historia de la Filosofía*.Vol. I. Ed. Ariel.Barcelona,2000

Antonio Gramsci. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Juan Pablos Editor. México, 1975

Spangenberg, P. Gorgias. *Sobre el no ser*. Ed. Winograd.Buenos aires, 2011.